

“Ni siquiera pedía que el maestro me enseñara, sólo que se abrieran la escuela y la biblioteca”



**Eleuterio
Sánchez**

“El Lute”

Empecé a aprender el *aeiou* a los 22 años. Pertenezco a una familia de mercheros, un grupo étnico parecido a los gitanos, que vivíamos en la precariedad, el nomadismo, la persecución desde hace generaciones. Nací en 1942, en aquella España pobre, casposa, autárquica, insolidaria, neofascista por la dictadura de Franco. Eran los años del hambre. Entonces no había escuelas para todos y mucho menos para grupos marginados como el nuestro. Por tanto, no pude asistir a la escuela como otros niños. Muchos años después fui a la escuela de un penal con ocasión de una desgracia tremenda; me juzgaron los militares en consejo de guerra y fui a parar con mis huesos a la cárcel, donde estuve 18 años. Aprendí las primeras letras y después fui avanzando hasta que al final hice la carrera de Derecho. Ya llevo seis libros publicados, y he impartido numerosas conferencias.

tenían ni principio ni fin, es decir, le faltaban hojas al comienzo y al final. Recuerdo que estaban enmohecidos, las páginas olían a humedad y a polvo, muchos de ellos no se habían abierto nunca... Las bibliotecas en los penales funcionaban sobre todo para cubrir el expediente, para que cuando hubiera alguna inspección, comprobaran que los presos tenían libros. Pero los presos ni leían ni nadie se preocupaba por su cultura. Por tanto, esos libros estaban allí durmiendo el sueño eterno. Fue Eleuterio el que empezó a desempolvarlos.

Normalmente la biblioteca de la cárcel estaba en la misma escuela, otra gran palabra, *escuela*. También estas estaban en los penales para cubrir el expediente, pero no había alumnos. Era una sala de unos 30 ó 40 m² con pupitres y sillas, y al fondo, estanterías con los libros. Delante había

“Al estar lejos de mis hijos y de mi mujer, solo tenía un medio de comunicarme con ellos: por carta. Al principio eran mis compañeros quienes me escribían esas cartas, pero me daba muchísima vergüenza poner toda mi intimidad en manos de extraños”.

El hecho de aprender a leer y a escribir en el penal fue un acto de necesidad. Al entrar en la cárcel me arrancaron del mundo de los míos, los mercheros. Me había casado con 18 años, y a los 19 ya tenía un hijo, y otro a los 20. Al estar lejos de mis hijos y de mi mujer, solo tenía un medio de comunicarme con ellos: por carta. Al principio eran mis compañeros quienes me escribían esas cartas, pero me daba muchísima vergüenza poner toda mi intimidad en manos de extraños. Así que decidí aprender a escribir.

A medida que avanzaba en el aprendizaje de las letras y los números, me picó el gusanillo. Era como la pieza de un puzzle que, por mucho que la buscaba, no conseguía encontrarla, ya que esa pieza estaba en la cultura. Por eso, cuando descubrí ese mundo nuevo me dejó maravillado y me declaré estudiante para la eternidad. Si normalmente la cárcel sirve para degenerar, para depauperar más y para avanzar en el mundo del delito, en mi caso fue totalmente al contrario. El penal fue mi escuela, mi oportunidad para ser un hombre nuevo y mejor.

La biblioteca del penal del Puerto de Santa María (Cádiz) estaba en muy malas condiciones. Sus ejemplares eran *libros infinitos* porque no



“La biblioteca del penal del Puerto de Santa María (Cádiz) estaba en muy malas condiciones. Sus ejemplares eran libros infinitos porque no tenían ni principio ni fin, es decir, le faltaban hojas al comienzo y al final”.

una pizarra, una mesa, un maestro hipotético... Porque sobre el papel existía un maestro oficial pero no iba nunca porque no tenía a quien enseñar. Yo quise hacer estudios oficiales y pedí que viniera todos los días el maestro a la escuela en su horario. Pero resulta que el maestro se dedicaba a otros asuntos. Yo ni siquiera pedía que el maestro me enseñara, sólo que se abrieran la escuela y la biblioteca. Pero tuve problemas muy gordos con aquel hombre. Empezó a perjudicarme, a buscarme las vueltas. Me costó muchos castigos, mucha incompreensión.

Aunque al final lo conseguí.

Cada verano venían a examinarme los profesores de bachillerato del Instituto Padre Luis Coloma de Jerez de la Frontera.

Durante varios meses fui el único que asistía a la escuela, pero poco a poco comenzaron a sumarse algunos compañeros y formamos un grupo de 13 ó 14 estudiantes. Acabamos consiguiendo muchas cosas allí, en todo un penal de Franco. Entonces las reivindicaciones había que hacerlas con moderación, nada de rebeldías muy marcadas. Logramos que la biblioteca mejorara bastante. Establecí cierta amistad con los profesores que venían a examinarme desde Jerez.

Ellos corrieron la voz de que necesitábamos más libros y había gente en la calle que donaba

libros para que nos los trajeran a la cárcel. También los compañeros de la escuela creamos un modesto fondo común y fuimos comprando algunos libros por encargo, sobre todo novedades.

Algo parecido ocurrió con la gimnasia. Yo empecé a hacer ejercicio solo, y al final formamos un grupo de 12 ó 14 personas. Fui monitor de todos ellos. La vida en la cárcel es terrible, pero se pueden cultivar algunas inquietudes culturales, y la cultura no entiende de muros ni de rejas.

En aquel penal de la copla, el peor de todos, en el Puerto de Santa María, conseguimos formar un grupo de estudiantes y un grupo de gimnastas. Abrimos un poco el horizonte de aquel maldito lugar donde la gente solo iba a vegetar y a morir. De todo esto ya hace muchos años, casi 50. Recuerdo que cuando empecé a leer no me enteraba de mucho, porque cuando aprendes a leer y escribir, lo ideal son los tebeos o cuentos cortitos y con dibujos, pero allí no había nada de eso. Yo tenía que aventurarme con *David Copperfield* y otros clásicos. Creía entender algo, pero muchas cosas me fallaban. Poco a poco fui abriendo mi horizonte de manera autodidacta. Nadie dirigió mis pasos al comienzo.

En la actualidad, mi biblioteca personal es bastante amplia. Me interesan mucho las humanidades en general, la historia contemporánea, la antropología social, la filosofía, el ensayo... La filosofía me gusta mucho, sobre todo los socráticos y los presocráticos. Me encanta leer andando, como los griegos peripatéticos. Me gusta caminar con un libro abierto en la mano, y mucho más en el campo, como hacía Platón. ■

AUTOR: Redacción Mi Biblioteca.

FOTOGRAFÍAS: Editorial Almuzara.

TÍTULO: “Ni siquiera pedía que el maestro me enseñara, sólo que se abrieran la escuela y la biblioteca”. Entrevista a Eleuterio Sánchez, “El Lute”.

RESUMEN: Eleuterio Sánchez, “El Lute”, cuenta en esta entrevista su experiencia con la formación en general y con la lectura en particular. No aprendió a leer hasta los 22 años, debido al tipo de vida nómada que llevó en el seno de su grupo étnico: los mercheros. Desarrolló su formación autodidacta y el hábito de la lectura en la prisión del Puerto de Santa María (Cádiz), donde luchó con un grupo de compañeros por la mejora de la biblioteca. En la actualidad es licenciado en Derecho y cuenta con una extensa biblioteca personal.

MATERIAS: Autores Literarios / Entrevistas.